

la Judea, deseosos como estaban de publicar en sus remotas regiones el feliz resultado de su viaje, dispusieron á partir de Belen. Y siendo hombres de buena fé, amantes de cumplir la promesa hecha á Herodes, de referirle dónde se hallaba el Mesías, pensaban tomar nuevamente el camino de Jerusalem; cuando el Angel del Señor les manifestó por una vision en sueños (1), los infames designios que el odio inspiraba á aquel malvado. Así es, que poniéndose en camino, en vez de seguir las estériles y peligrosas costas del lago Maldito, dieron sus camellos la vuelta por el mar Grande para volver á su país: «Y habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo, dice el Evangelio, para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por diverso camino (2).» Id, generosos hijos de Oriente, y anunciad á vuestras tribus la gloria que visteis del Señor; decid que ha venido, y que ha empezado á reinar! Si; ha comenzado á reinar, y quedarán confundidos todos cuantos adoraron hasta aquí maderas trabajadas, vanos simulacros, obra de sus manos (3). Ha empezado á reinar, y su justicia brilla ya en el alto Cielo, y su gloria se difunde sobre todas las naciones de la tierra. Reinará sobre todas ellas, y sus príncipes vendrán á recogerse bajo el estandarte de su Redencion: ¡impotentes serán los esfuerzos de la ira de los poderosos, que se conjuren fuertemente contra Él! Regocíjate, pues, oh monte sagrado de Sion, y vístase de fiesta todas las hijas de Judá, porque va á cumplirse la misericordia del Señor! Aquel que ha nacido, es nuestro Dios, que reinará por los siglos de los siglos (4).

Si, reina ¡oh divino Salvador! reina sobre todos nosotros y sobre todos los pueblos del uno al otro confin de la tierra. Por Ti suspiraron largos siglos los Profetas, te llamaron con gemidos de profundo dolor los Patriarcas y todos los justos de la antigua alianza; en tu futura aparicion al mundo solo vieron el rayo de posible esperanza para la regeneracion universal de los pueblos, cuantos conocieron el terrible misterio con que el hombre perdió en el principio de los siglos la justicia original é inocencia de que estuvo revestido. Ya que con tanto amor descendiste del Cielo para salvarnos, apresúrense todas las naciones á adorarte en tu presencia, y á enzalzar tu nombre y tus misericordias (5).

Y Tú ¡oh bella María! guíanos con la luz divina que despidе tu

(1) MATTH. loc. cit. 12.

(2) MATTH. loc. cit.

(3) PSALM. XCVI.

(4) IBID. XCVII.

(5) PSALM. LXXXV. 8.

rostro celestial; porque así como apareció á los Magos un astro milagroso para que, siguiéndolo, hallasen el lugar donde Tú morabas con tu dulce Hijo; apareciste tambien Tú, como mística Estrella, destinada á guiar á todas las generaciones humanas, que caminan por las tinieblas y las sombras de muerte de este miserable destierro. Asómate ¡oh María! desde lo alto de los Cielos donde estás sentada, Reina de la gloria, y bastará esto para que se alejen las tinieblas y renazca la vida de amor en todos los corazones, que regenerados á la gracia, formarán el reino de las complacencias del tuyo y nuestro Jesús sobre la tierra, para ser un dia su herencia bienaventurada en el Cielo. Así SEA.

DIA VEINTE Y TRES.

LA PURIFICACION.

Tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Llevaron al niño á Jerusalem, para presentarle al Señor.

(Luc. II, 22.)

Son tantos y tan vários los modos con que la Religion católica procura dominar al hombre y someterle dentro y fuera á su imperio, que quien no busque bien ni considere los altísimos motivos de sus actos, puede caer fácilmente en la tentacion de reputarla como una carga harto fastidiosa é intolerable. Y tal es el defecto de la filosofia de nuestros dias, que no creyendo en el estado de naturaleza viciada y corrompida, en que el hombre es apenas un miserable despojo de la obra perfecta que habia sido cuando salió inocente de las manos del Criador, quiere que nada le falte para que con sus fuerzas naturales pueda llegar al fin de su creacion. ¡Triste filosofia por cierto! pues, los mismos filósofos paganos conocieron, que somos criaturas

tan enfermas y viciadas, que nuestras condiciones serían del todo inexplicables, si no se admitiese la infiltracion de algun veneno antiguo en nuestra sangre y la corrompiese; pero ellos no supieron decir en qué consistía, por estar privados de la luz de la Revelacion. Este veneno es el pecado original, al que rinde claro testimonio con sus desórdenes la misma naturaleza. Por consiguiente, la Religion católica, con sus ritos y santas ceremonias, tiende á purificarnos, con el auxilio de la gracia, de nuestras enfermedades y miserias, fortalecernos en las debilidades, y sostenernos en las luchas que tenemos que sostener contra el espíritu de la corrupcion, para quedar salvos y victoriosos. Por lo cual, en la ley mosaica, preparacion de la cristiana, había ritos solemnes, los cuales indicaban la caída del hombre y la necesidad de levantarle; entre otros, el de la Purificacion de la mujer despues del parto; puesto que, como por instinto, sentimos que la mujer, al dar á luz algun hijo, participa de no sabemos cuál antigua mancha, de la cual conviene purgarse mediante la Religion, para que limpia de toda inmundicia, se consolide en el culto y en el amor del bien para alcanzar la perfeccion celestial. Y este es el culto de que nos ocuparemos hoy, hablando de la Purificacion de María en el Templo, la cual de este modo se nos presenta en todos los actos de la vida perfecto y acabado modelo, digno de nuestra imitacion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, segun la opinion de San Juan Crisóstomo, y de otros respetables autores, que se esfuerzan en conciliar lo que dicen los cuatro Evangelistas, permanecieron, lo más probable, cuarenta dias cerca de Belen, en una habitacion cual podría hallarse entre pobres de aquellos montes, como parece indicarlo el Evangelio de San Mateo; despues de cuyo tiempo determinaron regresar á su nativa ciudad de Nazareth. Pero cumplidos los cuarenta dias, la Virgen tenía, ante todo, que ir á Jerusalem para cumplir la ley de Moisés, segun la cual las mujeres israelitas, cuarenta dias despues del primer parto, si el hijo era varon, debían presentarlo al Señor en el Templo, ofreciendo en sacrificio un cordero, ó si eran pobres, un par de tórtolas, ó dos pichones; y ellas, las madres, quedaban purificadas. Esta ley de la purificacion no obligaba á María, que había concebido y parido por obra del Espíritu Santo; pero las almas rectas no se detienen en discutir acerca de las leyes que rigen, y solo se precian de cumplirlas por mérito de obediencia. Y así obró la Virgen, igualándose á todas las demás mujeres, mientras se elevaba sublime sobre todas las criaturas de la tierra y los Angeles del cielo, verdadera Madre como era del Hijo de

Dios, que alimentaba con su leche y estrechaba entre sus brazos. ¡Humildad que debía ser muy acepta á Aquel que tanto la elevára, al ver que Ella, con las obras de su vida, enseñaba aquellas nuevas y estupendas doctrinas, que dentro poco su eterno Hijo había de anunciar á todo el universo!

Hé ahí, hermanos míos, un bello y grande ejemplo para nosotros, tan propensos á disputar sobre las prescripciones de la ley, como si temiéramos excedernos en el culto y en la observancia que debemos á nuestro Criador y Redentor; como si pudiéramos, no ya dignamente, sinó honrarle demasiado con las obras de nuestra forzada piedad. ¿Sabeis lo que significa nuestra conducta sobre el particular? Significa que la Religion es para nosotros un sacrificio semejante al de Caín, el cual ofrecía de mala gana los peores frutos del campo al supremo dueño del universo, y con un corazon tal, que de buena gana los hubiera ahorrado, á no habérselo impedido un resto de vergüenza. Y en verdad, no comprendo que algunos puedan pensar y creer, que aman y honran á Dios, cuando ocupa el último de sus pensamientos; y si bien oyen misa en los dias festivos, y tal vez por la Pascua se confiesan y comulgan, no hacen ningun otro acto religioso, ni quieren oír hablar de otras prácticas de piedad y de religion. Decidme: ¿son estas las reglas que observamos con cualquier persona que amemos verdaderamente? ¿Y creeremos que Dios se contenta con ser tenido á ménos que una miserable criatura de la tierra? ¡Ah! Jesús quiso oír tres veces de Pedro que le amaba: y este mismo amor exige de cualquiera que pertenezca á su Iglesia.

María, pues, que amaba á Dios sobre todas las criaturas humanas y angélicas juntas, dirigióse con su esposo José y el divino Jesús en los brazos, hácia Jerusalem (1). Al pasar por Ramá, el semblante del Niño estaba sereno como acostumbran estarlo los niños en tan tierna edad; pero á su divina mirada interior se manifestaba la próxima y terrible matanza que Herodes haría de los inocentes; y recordando la Virgen la profecía que decía: «En Ramá se oyeron voces, llores y alaridos: es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen;» tal vez estrecharía contra su pecho á Jesús, y proseguiría adelante; así llegaron á la ciudad, y entraron en el santuario. Hay que advertir aquí, que al llevar algun hijo al Templo para ser presentado al Señor, debía llevarse, igualmente, una moneda de plata para ofrecerla al sacerdote por su rescate: cuyo rito significaba, que los hijos, así ofrecidos, eran entera-

(1) Luc. II, 22.

mente de Dios, y que sus padres no son aquí en la tierra más que sus custodios, con la obligacion de guardar ese sagrado depósito para dar cuenta de él en la hora de la muerte. María y José se habían provisto de todo lo necesario; y á su llegada encontraron un anciano, llamado Simeon, que representaba á todo el verdadero Israel, esto es, todas las esperanzas y profecias de aquella nacion, pues el Evangelio dice, que era un hombre justo y piadoso, el cual esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. Este Simeon, segun os indiqué, formaba parte de aquel Gran Consejo, á quien Herodes preguntó á la llegada de los Magos á Jerusalem, dónde debía nacer el Mesías; y el Espíritu Santo le había revelado, que no había de morir ántes de ver al Ungido del Señor. Así vino inspirado de Él al Templo. ¡Cuánta luz, cuánta revelacion en estos misterios de la infancia de Jesús! Al entrar, pues, sus padres con el niño Jesús en el Templo, sin duda recordó la grande promesa de la Redencion universal del mundo. Por eso, sin proferir palabra, acercóse á la Virgen, tomó al Niño en sus brazos, miróle fijamente, y, llorando de ternura, bendijo á Dios, diciendo: «Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel (1).» Así habló el anciano Simeon, invocando la muerte sin vacilacion alguna, por haber sido siempre justo y temeroso de Dios.

¡Feliz el que al declinar sus dias pueda invocar así la muerte! Pero, no nos alucinemos; este consuelo lo recibirán solamente aquellos que, fieles á las creencias católicas, observen con amorosa exactitud la ley del Señor, y que al morir, dejen su familia educada santamente; para esos la muerte no será más que un deseado pasaje del lugar de pruebas al de la retribucion preparada en el Cielo en premio de sus largas fatigas. No, hermanos míos; no pueden esperar esta suerte venturosa los iníquos, cuya muerte, al decir del rey David, ha sido siempre pésima. La muerte bienaventurada es para los Santos, para los cuales no se llama ya muerte, sinó descanso, y dichoso sueño en el Señor. En efecto: ved al apóstol San Pablo, que no pudiendo resistir al ímpetu del amor que le impulsa y le arrebató hácia su Dios, pide y desea con ánsia la muerte, para que, desatándose de las cadenas que le sujetan el cuerpo, pueda volar al seno de Jesucristo. Ved á la enamorada del Carmelo, que dia y noche di-

(1) LUC. II, 28, 29 y siguientes.

rige á Dios esta oracion: «¡Señor! ó padecer ó morir.» Y finalmente, contemplad en la hora de la muerte á mi seráfico patriarca san Francisco de Asis, que extendido desnudo sobre el suelo, con los brazos cruzados al pecho, y ciego por la abundancia de amorosas lágrimas: «A Dios, dice sonriendo á sus hijos, que le rodean; á Dios: me voy á mi Señor, á cuya gracia recomendaré á todos vosotros.» Y mientras los hermanos Leon y Angélico le entonaban el cántico del hermano Sol y de la hermana Muerte, que tanto le gustaba, repitiendo aquellas palabras del Profeta: «¡Señor saca de esta cárcel á mi alma, para que alabe tu santo nombre: esperando están los justos el momento en que me seas propicio!» se durmió tranquilo en la paz eterna. Simeon, que al ver cumplida la promesa de la Redencion, ruega á Dios le saque en paz de este mundo, es el modelo del hombre verdaderamente justo, que cuando ha llegado al término de sus batallas y oyendo los cánticos del Cielo, se sonríe por la gloria del triunfo que le está preparada.

Ahora, tomando de nuevo el hilo de la historia, añadiré, que mientras María y José admiraban las palabras que profería Simeon, dirigióse éste á la Madre: «Mira, le dijo, este Niño que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion; lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma (1).» ¡Pobre Madre! ¿quién podría decir jamás la impresion que aquellas palabras causaron en su corazón? Ella entendió muy bien lo que significaban; esto es, el sacrificio de su amado Jesús por la salvacion de los hombres. Pero virtuosa como era, aceptó con humilde y pronta resignacion el cáliz de agenjo é hiel que la divina justicia le presentaba, diciendo: «¡Señor! hágase tu voluntad.» No será fuera de propósito notar aquí, que si la Virgen no había padecido todavía grandes tribulaciones, tampoco había pasado sus días en medio de delicias; y ahora se le anuncian dolores, pero, dolores tales, que cual aguda espada la habían de traspasar y crucificar. Tan cierto es, que en el mundo no hay contento, sinó que solo con una lucha perpétua se alcanza el reino de los Cielos (2).

Después de las palabras de Simeon, María tomó de nuevo á su Hijo en sus brazos, estrechóle fuertemente al pecho, bañándole de lágrimas; y José presentó las dos palomas ordenadas por la ley al ministro de los sacrificios, el cual las tomó sin dirigir siquiera una mirada al Niño, porque era de familia pobre (3). Antigua costumbre, herma-

(1) PSALM. XXXIII, 21.

(2) LUC. loc. citat. 24.

(3) Prideaux, *Stor. de' Giudei*.

nos míos, de los hombres que se pagan de las apariencias, y viva siempre entre los carnales, al paso que solo hablan de humanidad y de progreso social. ¡A cuántos de éstos vemos, que mientras se deshacen en acatamientos y reverencias hácia aquel que ostenta ricos trajes, y con banquetes y favores halaga á los parásitos y aduladores, no dirigen ni una sola mirada de compasion á aquellos que viven en la humildad y deberían ocupar una posicion elevada; y si les ven necesitados, no les socorren; si humildes, les desprecian; si virtuosos, les desdeñan; si gloriosos por la fama de su buen nombre, tienen de ello envidia nécia é impía!

Pero, terminemos el relato. Habiendo recibido el sacrificador hebreo las palomas de José, subió las gradas del altar y ofreciólas al Señor en sacrificio, al cual José y María asistieron con profunda atencion y el espíritu todo concentrado en Dios. No es difícil, amados hermanos, imaginar los sentimientos de piedad que proferirían, especialmente María, que desde aquel instante se ofreció con Jesús víctima de expiacion por los pecados de los hombres; por los pecados míos, amados hermanos, y por los vuestros, á fin de que nos fuera fácil obtener el perdon. Y cumplido así lo que estaba ordenado por la ley del Señor, regresaron, como dice San Lúcas(1), á su nativa ciudad de Nazareth.

¡Cuánta luz! repito, cuánta revelacion en estos misterios de la infancia de Jesús! Porque debeis notar, que como en los brazos del venerable Simeon, que dentro poco había de morir, era recibido Jesús, el cual empezaba á vivir; así el Judaismo, destinado á desaparecer dentro de poco, acogía, por decirlo así, y mostraba en sus brazos á todas las generaciones futuras al naciente Cristianismo, y daba de él un espléndido testimonio. Repito, que Simeon, y una viuda anciana de ochenta y cuatro años, llamada Ana, y profetisa, representaban al verdadero Israel, con todas sus profecías y esperanzas. Tambien esta profetisa, próxima á morir, lo mismo que su Religion, mereció ver á Cristo en el Templo en brazos de su Madre, y hablar de Él. Empero, luego uno y otra desaparecen de la historia, del mismo modo que debía desaparecer dentro poco el Judaismo que representaban; y tambien Jesús se oculta por un momento de la vista de los hombres, para que pase la tormenta que quería arrebatarle de la tierra apenas nacido; la tormenta del bestial furor de Herodes, de la cual pronto hablaremos.

Y aquí, hermanos míos, concluye el segundo período, por decirlo

(1) Luc. loc. cit. 89.

así, de la vida de María. El primero, si lo recordais bien, pasó como un suave sueño de amor celestial en los sagrados recintos del Templo cubierto y adornado de oro, y entre los sagrados perfumes y los cánticos melodiosos de las vírgenes del Señor. El segundo, lleno de maravillas y de misterios, consistió en ocultas relaciones con los Angeles del cielo; en santos arrobamientos en la casa de Zacarías en Ain; y en relaciones con los buenos pastores del Asia que fueron á adorar á su hijo Jesús. Ahora empieza el tercero, que será un período de cruelísimas é inauditas persecuciones, de emboscadas y dolores, que ninguna lengua es capaz de narrar. ¡Dichosos nosotros, si del mismo modo que hemos amado á María, considerándola niña y jóven, y admirado hecha Esposa y Madre de Dios, en adelante la compadeceremos como Mujer de dolores! Al fin y al cabo, todo el misterio de la perfeccion que hace al hombre digno del Cielo, consiste en amar el dolor, donde el alma, como en un crisol, purifícase de toda iniquidad, y se transforma pura y sin mácula como los Angeles del Paraíso. Verdad estupenda, que solo nos enseñaron las solemnes revelaciones del Cristianismo; verdad, que el hombre carnal no comprende, y no comprendiéndola, llega á la impiedad de mofarse de ella; la comprende, empero, el justo, y es para él una continua revelacion. Mas ¡ah! ¿quién de los dos hombres está en lo cierto, puesto que un Dios, haciéndose con humano semblante maestro de la vida, elevó los padecimientos á una excelencia divina, adornándolos con su misma corona de espinas, y cubriéndolos con su mismo manto todo teñido de su preciosa sangre? Sí, hermanos míos; María, que se hace del todo semejante á Él, y con Él se confunde en el martirio de la cruz; María es, despues de Jesucristo, el primer modelo que debemos tener presente, y con él conformarnos si deseamos participar un día de su gloria.

Sí, ¡bella Madre divina! nosotros te seguiremos por el camino de la amargura y de la cruz, hácia el cual empiezas á dirigirte con tu amado Hijo en expiacion de nuestros pecados, para alcanzarnos de nuevo el derecho que, pecando, perdimos á la gloria del Cielo! ¡Ah! ¿cómo osaremos afirmar que te amamos é invocamos como á nuestra Madre, si rehusamos participar de tus penas y de las de Jesús, que se dispone á derramar toda su sangre para redimirnos y salvarnos? ¿Y tendríamos valor para vivir alegres, viendo á la Madre y al Hijo en cruel desolacion? ¡Ah! no, no puede tolerarlo nuestro corazon! ántes bien, con toda la vehemencia de nuestro afecto, juramos seguir tus pasos hasta el Calvario, confundiendo nuestro dolor con el tuyo, abrazando tu cruz, y bañándola con nuestras lágrimas. Solo contigo,

al pié de la cruz se forman los Santos. Pero, puesto que ¡oh María! son tan débiles nuestras fuerzas, y la más pequeña tentacion bastaría para hacernos perjuros, alcánzanos, Madre nuestra, la gracia de permanecer hasta el fin en tan santo propósito. ¡Dichosos nosotros, si ocultos en las llagas de Jesús y en tu materno corazon traspasado, aprendemos que la presente vida es una peregrinacion, en que el hombre ha de luchar y morir para renacer en la gloria del Cielo! Y lo obtendremos, María, si Tú nos acoges amorosa y benigna bajo el manto de tu poderosísima proteccion. Así SEA.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum.

Levántate, toma al niño, y á su madre, y huye á Egipto.

(MATTH. II, 13.)

Es una sentencia, hermanos míos, llena de profundísimas enseñanzas para instruccion del mundo, la que pronunció nuestro divino maestro Jesucristo cuando dijo: «Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de Dios (1).» Esto significa, que no solo es necesario un firme propósito y una virtud varonil para sostener las fatigas y vencer las contradicciones que se encuentran por el camino de la verdad y de la justicia, que hace al hombre digno de Dios y merecedor del Cielo; sinó que la vida humana debe ser un continuo esfuerzo, y un sacrificio sin fin, para el que quiera alcanzar la corona. Justamente le fué impuesto al hombre este trabajo, ó más bien, él mismo se lo

(1) LUC. IX, 62.

buscó insensatamente, desviándose del camino de la justicia que le había señalado el Señor en el Jardin de la inocencia; pues que si á él se hubiese mantenido fiel, habría andado con tanta facilidad y satisfaccion de sí mismo, que donde ahora encuentra penas y fatigas, habría hallado su terrena felicidad, ordenada á la del Cielo. Y este es el motivo porque el mismo Salvador añadiera: «¡Oh cuán estrecha es la senda que conduce á la vida, y qué pocos son los que atinan con ella (1)!» No se crea, empero, que sea imposible marchar por ella hasta el fin; muy al contrario: para alentarnos, el mismo Hijo de Dios quiso precedernos con su ejemplo, y vestido de nuestra flaca naturaleza, llevando la cruz á cuestras, subió hasta la cumbre del Calvario, la cual para nosotros significa el colmo de la perfeccion; y no solo Él, sinó su dulce Madre, nos ofreció el mismo espectáculo y ejemplo. María, aunque pura y santa sobre todas las criaturas, y de una complexion delicadísima y de corazon tiernísimo, tuvo tambien que beber ántes que nosotros, y hasta el fondo, el cáliz de las tribulaciones y desventuras humanas; como lo veremos, en parte, esta noche, hablando del precipitado viaje á Egipto, que tuvo que emprender para salvar del furor de Herodes á su amado Jesús. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, como dijimos ayer, despues de la presentacion de Jesús al Templo, regresaron á su ciudad natal de Nazareth, pensando que en ella podían vivir en paz. Empero, hermanos míos, los juicios de Dios son un abismo profundísimo: *Judicia Dei abissus multa* (2). Apenas habían trascurrido algunos dias de su regreso á la pátria, cuando un Angel se apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle (3).» María, en aquel instante, dormía el sueño de los Angeles, cerca de la cuna de su Hijo; y ¡quién sabe en qué celestiales pensamientos vagaba su alma enamorada! José la despierta, le comunica el celestial mandato; hay que partir sin perder tiempo. ¡Figuraos, hermanos míos, la conmocion que debió sufrir su maternal corazon! Levantóse, pues, y estrechó á Jesús en su regazo, miétras tanto que José iba recogiendo como podía cuanto era exstrictamente necesario para la partida; y luego de haber aparejado del mejor modo que pudo un jumento, dijo á su santa y dulce compañera que le siguiera.

(1) MATTH. VII, 14.

(2) PSALM. XXXV, 7.

(3) MATTH. II, 13.